

Doña Blanca De Navarra

Crónica Del Siglo XV



FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA

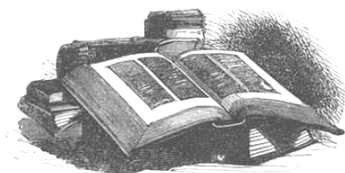
En este clásico de la novela histórica española, el autor relata la turbulenta etapa final del Reino de Navarra, cuando, a finales del Siglo XV y bajo la sombra de la guerra civil entre agramonteses y beamonteses, Leonor de Navarra asesina a sus dos hermanos, Carlos y Blanca, para hacerse con la corona.

Al Exmo. Señor D. Pedro de Egaña por prenda
de cordial y perdurable amistad.



PRIMERA PARTE LA PRINCESA DE VIANA

PRÓLOGO^[1]



En la segunda edición de esta obra decía el autor.

«Con el título de “La Princesa de Viana” publicó el SIGLO PINTORESCO, periódico mensual, y en el espacio de medio año la presente Crónica. Instado por algunas personas que querían tenerle en un volúmen, se decidió el autor á reimprimirla en EL ESPAÑOL, con las correcciones de que tanto había menester una obra escrita en parte simultáneamente con el primer tomo del ANTECRISTO, y cuando el autor dirigía cuatro periódicos: EL ESPAÑOL, LA REVISTA LITERARIA, EL SIGLO PINTORESCO Y EL SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL.»

«A las primeras páginas conoció que tenía que corregir, no sólo el estilo, si no el plan de la novela; y muy desde el principio introdujo en ella nuevos personajes, formó nuevos capítulos, desechó muchos de los antiguos, y sobre el mismo fondo histórico de la obra, formó otra nueva, que es la que hoy presenta con el título de DOÑA BLANCA DE NAVARRA.»

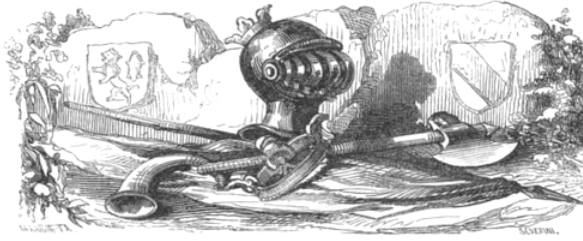
No es mero capricho, ni escijencia de los Editores, ni mucho menos es una mira de especulación el añadir una segunda parte á la novela que al parecer termina en los sucesos del castillo de Ortés. DOÑA BLANCA DE NAVARRA y QUINCE DÍAS DE REINADO, son en verdad dos novelas distintas; pero entrambas se concibieron al mismo tiempo; y si el interés queda cuasi del todo satisfecho en la primera, el pensamiento moral no se desarrolla ni se completa hasta la segunda.

Esta trabazón, la única á mi modo de ver que puede ecsistir entre dos partes de una misma obra de imaginación, me autoriza á publicar entrambas bajo un título comun y en un sólo volumen, Y cuando los lectores vean que desde las primeras pájinas de la segunda parte comienzan á figurar los personajes mas importantes de la primera, anudando todos los hilos del tejido dramático, de esta, se me figura que seré absuelto fácilmente de mi falta, y aun quizá motejado por algunos de nimio y escrupuloso.

Nadie lo es, sin embargo, en demasia cuando se dirige al público, y mucho menos el autor de esta obra, que acostumbrado á tratarle quizá con demasiada familiaridad desde la tribuna de la prensa, tiene que pedirle perdon por la lijereza con que escribe estas obras, que requieren otro asiento, otra holgura y tranquilidad de ánimo de que el autor, envuelto mal su grado en el torbellino de la política no disfruta.

Los editores se aprovechan del anterior prólogo de la tercera edicion para manifestar el objeto de la obra, aunque de ello pudiera dispensarles la popularidad que ha adquirido. Testimonio de ello es la necesidad de esta CUARTA EDICIÓN; en un todo conforme á la anterior, que tan benévola-mente ha sido acogida.





Capítulo I

*De como mosen Pierres de Peralta
conoció que la villana de Mendavia no
era lo que parecía.*



BASE precipitando el otoño de 1461 en los áridos brazos del invierno, cuando á la puerta de una choza del arrabal de Mendavia, pequeña villa de Navarra, donde tuvieron principio los extraordinarios acontecimientos que vamos á referir, se apareció una gentil y apuesta villana, que fué á sentarse en un banco de tosca piedra que al lado yacia, bajo el frondoso toldo de pámpanos y dorados racimos que coronaba el pajizo techo de la cabaña. Púsose luego á retorcer con su pequeña y delicada mano el pardo lino, sujeto á la recién labrada rueca; pero sus dedos, cuya blancura hacia resaltar el moreno copo, se mostraban algo torpes en tan grosero ejercicio.

Aparentaba la hilandera unos treinta años de edad; y por su altivo continente, y por la peregrina perfeccion y dignidad de sus facciones, hubiérasela tenido por una de aquellas matronas romanas, que desde los mas elevados puestos de la república dominadora del mundo, pasaban sin pena a la oscuridad de la vida doméstica.

Contaba en aquella época la muy noble villa de Mendavia unos ochenta y dos vecinos cristianos, y algunos judios, y pertenecia al muy magnífico señor don Luis de Beaumont, conde de Lerin, por la sencilla razon de que al rey don Juan II, que á favor de las revueltas y disturbios se burlaba ya de las córtes y de los fueros, se le habia antojado quitársela á don Iñigo de Stúñiga su legítimo dueño. No hacia mucho tiempo que la villa tenia doble número de ha-

bitantes; pues, amen de los nobles, pasarian de mil los labradores; pero la guerras intestinas en que estaba ardiendo el reino de Navarra, asolaron de tal manera á Mendavia, que los vecinos pecheros quedaron reducidos á diez, y estos muy pobres.

Mencionamos este hecho para que el discreto lector, despues de saber que en igual proporcion se amenguaba la poblacion de todo el reino; pueda hacerse cargo de lo mal parada que estaria entonces aquella monarquía.

Uno de los diez labradores pobres que habian sobrevivido á los desastres de una guerra civil, al parecer interminable, era Fortuño Garcés, que en compañía de Aldonza, su legítima consorte, ejercia aquella honrosa y venerable profesion, considerada entonces como una de las mas viles y despreciables de la tierra. ¡Tal era el vuelco que habian recibido las ideas, cuando en tiempos no muy lejanos se vieron reyes que al empuñar el cetro, tenian que soltar la esteva de sus manos!

Pero ni su pobreza, ni su degradacion social eran obstáculos poderosos á impedir que Fortuño y Aldonza tuviesen virtudes; y lo que es mas, virtudes como la hospitalidad que suelen costar dinero.

Pocos dias ántes asomó tímidamente la cabeza por las bardas del corral la gentil labradora de quien vamos hablando, desconocida de toda la vecindad; y como este acontecimiento hubiese despertado la curiosidad ociosa, los honrados huéspedes decían á cuantos iban á informarse de lo que no debia importarles, que la recién venida era una cuñada de la tia de la suegra de un hermano suyo, avecindado en Dueñas, y que habiendo muerto el hermano de la suegra, de la tia de su cuñada, venia la infeliz á refugiarse al único abrigo que la esperaba... al seno de sus mas próximos parientes! Quedaban ellos, al parecer, enteramente convencidos, lo cual no depone muy en favor de su caletre; bien que algunas crónicas afirman que, magüer no les satisfaciesen mucho que digamos tan incontestables razones,

cuando menos guardaban silencio; lo cual demuestra que debía sobrarles circunspeccion y prudencia.

La misma soberana hermosura y melancólica dignidad del semblante de la castellana, bastaban tambien para imponerles respeto; y su mucha gravedad y retrainimiento la ponian al abrigo de las murmuraciones.

Era la tarde, habia llovido, y la forastera se hallaba enteramente sola en casa; y queriendo acaso respirar el aire del campo, ó temiendo que la tristeza se apoderase de su razon dentro de aquel angosto, oscuro y miserable recinto; salió con la rueca en la cintura á continuar su tarea fuera de la puerta de la cabaña; desde la cual, se descubria una dilatada pradera, que el Ebro regalaba con sus bulliciosas ondas, y que frondosas colinas coronaban subiendo en escalones gigantescos hasta convertirse en azuladas montañas. Bañaba la gallarda labradora las pardas hebras del lino mas bien con lágrimas de sus ojos que con la humedad de sus labios, volviendo el rostro á cada instante; recelosa y estremecida al mas leve rumor que en torno resonase, como corcilla temerosa que mas de una vez á burlado la activa persecucion de los cazadores.

Pero como viese que nadie la miraba, como creyese vanos sus celos, dejó caer el huso de las manos, sacó la rueca de la cintura, arrojándola con cierto majestuoso desdén, y tendió sus miradas por la dilatada llanura, elevándolas de vez en cuando al firmamento.

Brillaron entonces sus rasgados ojos con un rayo de melancólica alegría, y se dilataron ávidamente sus negras pupilas, como si quisiesen abarcar el inmenso panorama, y el encantador conjunto de aquella fecunda naturaleza.

El tosco, pero cándido lino de las tocas que le cubrian el seno, retemblaba como las blancas hojas del chopo, como la inestable superficie de la cuajada leche, revelando la agitacion de su pecho cada vez mas estremada; hasta que no pudiendo contenerse, prorrumpió con lastimera voz en estas sentidas palabras:

—¡Qué hermoso es el campo, Dios mio, para quien puede verlo esento de cuidados, y disfrutar con tranquilidad y holgura de sus encantos! ¡Oh! si alguna cosa es capaz de hacerme olvidar los amargos dias de mi pasada vida, es sin duda este suave perfume que ecsalan las flores escondidas al abrir sus cálices sedientos cuando con plácida lluvia las regala el cielo! Bello es este ambiente que dilata mi pecho, esta luz que ilumina mi corazon; esta soledad que nada me hace temer. ¡Sola! ¡Dios mio, siempre sola, y a merced de estraños; contrariada en todos mis gustos, aun los mas inocentes y sencillos; repudiada por mi marido; perseguida de muerte por mi padre, y privada hasta de los consuelos de un hermano, del único ser á quien amo y a quien sin duda por eso tan cobarde y vilmente han engañado para tenerle sumido en un calabozo! No hay en el mundo un palmo de tierra donde pueda ocultarme de mis perseguidores, y sin embargo... añadió estremeciéndose súbitamente al ocurrirle este pensamiento, y sin embargo... quizá todo cuanto veo, todo es mio!

Sin duda la posesion de lo que miraba no podía verificarse sin alguna terrible y nueva desgracia; pues que al tropezar su alma con aquella idea, habla sentido una conmocion moral semejante a la conmocion física que se experimenta al contacto de un cuerpo electrizado.

—¡Cárlos! prosiguió la labradora con los ojos arrasados de lágrimas ¡Cárlos, hermano mio! ¿Se contentarán nuestros enemigos con retenerte á tí en prisiones, y con perseguirme á mí para privarme de la libertad? ¿Qué presiente mi corazon con esta melancolía que le devora? ¡Cárlos! Escucharás tal vez los sentidos acentos de tu hermana, sonriéndote de las amarguras del mundo, desde el lugar que Dios ha destinado á los justos para su descanso eterno? ¿Me habrás dejado en herencia con todos tus derechos, toda tu desventura?

Mas dijera la jentil villana, mas hubiese aclarado el enigma de sus primeras palabras, si creyendo escuchar algun

rumor extraño no se levantára de repente.

—¡Gran Dios! exclamó con inquietud: siento pasos dentro de casa: será tal vez la pobre anciana que cuida de mí con tanto cariño. Mis enemigos ignoran que yo me oculto en este sitio: el miedo, el sobresalto en que vivo hace tantos años es quien ecsaltan mi imaginacion, y finje estos rumores.

La mano del sublime pintor de la naturaleza trazaba entonces al oriente un arco iris, y la villana quedóse dulcemente embebecida contemplando aquel suave y magnífico meteoro, siempre consolador, y ahora mas que nunca presago para ella de ventura.

Continuaban sin embargo los rumores. Dos caballeros completamente armados de pies á cabeza, habian penetrado en la casa por la puerta trasera que daba á los corrales, donde á la sazón Aldonza se encontraba. Quiso la vieja dar voces; pero al verse con una daga en la garganta, tuvo que guardar silencio.

La disfrazada labradora hubiera sentido el roce de las armaduras, si en aquel mismo instante no le llamara la atención un gallardo mancebo, que por la parte del campo venia hacia ella, contemplándola con inefable dulzura.

Era este el hijo de Samuel, uno de los vecinos judíos de la villa, que al poco tiempo de la aparición de la castellana, se había convertido al cristianismo, bautizándose con el nombre de Jimeno; porque Jimena, se hacia llamar la desconocida.

Estos dos hechos referidos sencillamente, nos ahorran de algunos párrafos de ponderaciones hiperbólicas acerca del profundo amor que atesoraba el corazón del antiguo israelita. Solo tenemos que advertir, que su pasión, tal vez por ser tan grande, estaba contenida dentro de los límites del respeto. Acaso la villana descubrió la profunda impresión que su hermosura causaba; tal vez no la enojaba el descubrimiento, pero se guardaba muy bien de alentar una pasión imposible... desatinada, loca.

¡Pobre Jimeno, si hubiera llegado á sospechar el abismo que entre los dos se abría! Afortunadamente lo ignoraba, y la ignorancia es el bálsamo consolador, de la mitad del género humano.

Mientras fuera de la casa departían ambos amigablemente, uno de los caballeros observaba en el interior, por entre los calados hierros de la visera, el rostro de Jimena, y aun aplicando el oído, maldecía en sus adentros tal artífice, que había cargado la celada con tanto hierro, que le impedía entender ni una sola de las incompletas frases de la conversación de los villanos.

Todas las apariencias indicaban que el compañero del curioso observador, no tenía el mayor empeño en hacer descubrimiento alguno; pues limitándose á vijilar á la amedrentada dueña, daba de cuando en cuando evidentes señales de impaciencia, y aun de fastidio.

—Ella es, Sancho, dijo el primero en voz baja, y con acento conmovido.

—Imposible, mosen Pierres, contestó el aburrido con el mismo tono.

—¿Empiezas ya con tu sempiterna manía de contradecir?

—Empiezo y concluyo sosteniendo contra cualquiera bien-nacido, que esa no es la persona á quien buscamos.

—Pues qué; ¿la conoces, tú, Sancho por ventura?

—No la conozco, ni he menester conocerla.

—Pero; ¿sabes á quien venimos buscando?

—¡Voto al diablo! ¿Cómo queréis que lo sepa, cuando solo me habéis dicho: «Sancho amigo, tal vez tengamos que andar á cuchilladas con los Beamonteses, porque vamos á robarles la mas hermosa dama de las orillas del Ebro; sé que te pintas solo para estos lances?...» Monto á caballo, vengo, y... ya no veo que eso tenga trazas de dama, sino de una miserable labradora, indigna de los honores de un rapto.